- 439 -

Hemos visto un fresco del cementerio de Calixto (ídem, 1, 565) en el que la momia se parece exactamente á una crisálida ¿Sería esta una alusión expresiva de la resurrección?

Las esculturas de algunos sarcófagos de la Galia (véase en el museo lapidario de Lión, el n. 764; -y Millin, Midi de la France, Atlas, pl. Lxv, n. 5) presentan la momia tendida en tierra sin la tumba.

Las vendas y el sudario son ordinariamente blancos, y podemos asegurarnos de ello por algunos vasos (Buonarr., vii, 2.—Perret, iv, pl. xxxII, 97), cuyo fondo es de oro casi siempre, y las telas de la momia de plata. Esta manera de sepultar los muertos procedía, sin duda, del Egipto; es el sistema de momificación tal como lo vemos empleado en los numerosos cuerpos que se transportan á Europa como objetos de curiosidad ó de especulación. Que esta costumbre fué admitida entre los Judíos, lo sabemos, no sólo por el asunto que nos ocupa, sino también por las figuras del libro del Génesis citadas por Buonarruoti, según Lambece (Bibl. Cas., l. 11, pág. 1008), donde se ven los cuerpos de Jacob y de Raquel sepultados según este método. El menologio de Basilio muestra también envueltos en venditas, institis, y el sudario alrededor de la cara, el cadáver de Miqueas (v jun.), así como el de Josué (1 sept.), el cual está colocado en un sarcófago donde se hallan esculpidos en bajo relieve Adán y Eva.

Los cristianos adoptaron también la misma costumbre en ciertos lugares, como puede deducirse del testimonio de los Padres y de otros autores que hablan de los institæ. El menologio de Basilio, ya citado, ofrece sepultado de esta manera el cuerpo de San Filareto (XI dec.), y lo que es más extraño: las almas de

San Amom (IV dec.) y de San Alejandro (IX nov.) volando al cielo en este traje.

El sepulcro de Lázaro es una especie de gruta tallada en la roca viva, según la costumbre de los Judíos, y es probable que fuese un poco elevada sobre el nivel del terreno y que se subiese á ella por algunos escalones, como lo prueba el grabado anterior; porqueen todas partes, poco

más ó menos, se figura como un santuario precedido de un peristilo y de una rampa. En

(Buonarr., VII, 3) han dado á esta tumba una puerta con dos hojas, mientras que, como lo fué más tarde la del Salvador, estaba cerrada con una piedra. A veces (Aringhi, 11 331) el sepulcro está cavado en la roca viva, y no presenta nada arquitectónico, y sobre los dos montantes de la entrada se levantan arbustos, símbolo de la morada celestial (véase el artículo Arboles).

Ciertos artistas, menos iniciados quizás en las costumbres de los Judíos, han representado á Lázaro acostado en un sarcófago, unas veces en forma de estrígil (Bottari, tav. xxxix), otras, adornado de cabezas de león, ó quizás sostenido por esfinges, detalle muy raro en los monumentos cristianos (ídem, tav. cxcIII).

Severano y Aringhi hacen notar que, los artistas, lo mismo que los autores eclesiásticos. dan á Lázaro la figura de un niño, sin duda para indicar que vuelve á nueva vida. Sin embargo, San Epifanio (Hæres., LXVI) dice haber encontrado en las tradiciones que tenía treinta años cuando fué resucitado, y que vivió todavía treinta años después. Se observa en el cementerio de San Hermes (Aringhi, 11, 329) un fresco en el que, por una idea singular del artista, la momia está de pie, in plano, sin el santuario de costumbre y sin ningún punto de apoyo. Vemos que en estas diversas representaciones existen variedades bastante notables; citaremos también algunas de ellas, entre otras muchas que debemos dejar á un lado por falta de espacio.

Las pinturas y los vasos dorados no presentan más que los dos personajes esenciales: Jesús resucitando, y Lázaro resucitado: se le ve en el vaso orbicular que está grabado aquí; no cono cemos sino una sola excepción á esta regla facilitada por un fragmento de mosáico que

> ha publicado el P. Marchi (Monum., tav. xLVII) en el que figura una de las hermanasde Lázaro prosternada y tendiendo las manos hacia el Maestro. Lo que constituye una excepción respecto á las pinturas de todas clases, es una regla invariable en los bajos relieves de los sarcófagos. Esta clase de monumentos, más modernos en general, presenta siempre esta conmovedora

escena completada con la presencia de Marta y de María, como en esta graciosa escultura del oposición al texto sagrado, algunos artistas | cementerio del Vaticano: Marta está de pie á

la derecha del Salvador, y María arrodillada detrás (Bottari, XLII), según el relato evangélico (Joan., xI, 32); algunas veces esta última se halla sola, prosternada ó arrodillada á los pies del Salvador (ídem 1, 323 y alíbi), ó besando respetuosamente su mano (idem, 1, página 423). Una curiosa piedra sepulcral de la colección de M. Perret (IV, 13), desgraciadamente rota, ofrece detrás de Nuestro Señor dos manos, que es lo único que resta de la persona de María.

Sucede algunas veces que la escena se agranda todavía, de modo que admite, conforme al texto sagrado (ibid.), varios discipulos del Salvador, hacia los cuales se vuelve para excitar su atención ó invocar su testimonio (véase el grabado de la página anterior). Por el contrario, se encuentra de vez en cuando, especialmente en las piedras sepulcrales (idem, 1, 19), la momia de Lázaro sola en su santua-

rio, y sin Nuestro Señor. En la manera de agrupar las figuras y los personajes, los artistas cristianos de los primeros siglos parecen haberse dedicado á relacionar ciertos hechos del Antiguo y del Nuevo Testamento que tienen entre sí alguna analogía. Así en casi todas partes, pero especialmente en los sarcófagos, el asunto de Moisés hiriendo la roca figura junto á la resurrección de Lázaro. También algunas veces están reunidos, por ejemplo, en la misma división de un fresco de arcosolium (Aringhi, 11, 123); y en otro fresco del cementerio de San Hermes (íbid., 329), Jesucristo y Moisés ofrecen una conformidad casi completa en sus vestidos, en la actitud y aun en el rostro. La unión de estos dos asuntos se halla también en simples piedras sepulcrales (Perret, v, pl. LXIII, 29), y se comprende que tenía por objeto recordar á los fieles la omnipotencia de Dios, quien sabe, cuando le place, hacer manar el agua de una estéril roca y volver á la vida un muerto de cuatro dias.

La tumba de Lázaro, como recuerdo de uno de los principales milagros de Nuestro Señor, fué conservada con cuidado por los fieles, que, según el testimonio de San Jerónimo (Epist. 11), la visitaban piadosamente al mismo tiempo que los santuarios y otros lugares memorables de la Palestina. El mismo doctor escribe también (De loc. Hebr., palabra Bethania) que se había construído una tumba sobre esta iglesia, que Beda menciona á su vez. Este santuario debió construirse después de Constantino, porque el itinerario de Jerusalén escrito en tiempo de este Emperador, no lo menciona.

LECCIONARIOS. — Véase el artículo Libros liturgicos, IV.

LECCIONES.—Véase el artículo Oficio divino. Ap. 2.

LECTORES.—Eran éstos, clérigos cuyo oficio consistía en leer públicamente en la iglesia las Santas Escrituras. Para cumplir este deber subían al ambón, el cual, por esta causa, es llamado algunas veces el tribunal de los lectores (Sozomen., IX, 2). Los lectores estaban también encargados de la custodia de los sagrados libros. Tertuliano (Præscript. XLI) y San Cipriano (Epist. xxxIII) son los primeros que hacen mención de este orden. Sin razon alguna se deduciría aquí que el orden de los lectores no existía antes de estos Padres. Existen incripciones que lo hacen remontar mucho más allá de esta época (véase De'Rossi. Bullet. 1871, pág. 32), y los autores más graves la suponen institución de los tiempos apostólicos. Durante los tres primeros siglos, las funciones de lector se confiaban especialmente á los cristianos que habían confesado la fe delante de los paganos y de los verdugos. Sin embargo, se elegian con frecuencia, para desempeñarlas, jóvenes y niños. San Epifanio, obispo de Pavía, fué ordenado lector teniendo ocho años, y San Félix de Nola desde su más tierna edad (Bingham. Origin. eccles., 11, 34). Se sabe que Juliano el Apóstata, siendo todavía muy joven, fué lector en la Iglesia de Nicomedia (Socrat. Hist. eccl., l. III, c. 1). Un mármol antiguo de la catedral de Fiesole nos ha conservado el nombre de un joven Messivs Romvivs, que fué ordenado lector á los quince años (véase Buonarr. Vetri, página 115); y una inscripción de Viviers, en Francia, menciona un lector muerto á los trece años: - Severys lector innocens qui vixit IN PACE ANNIS TREDECE (sic) (Millin. Midi de la Fr., t. 11, pág. 106). También á la edad de trece años fué el Papa San Dámaso, primero exceptor (véase el artículo Exceptores), después lector en la basílica de San Salvador, donde su padre había ejercido ya las mismas funciones (Ant. Merenda. Ad S. Damasi Opp. Prologom., pág. 113. Patrolog. Migne. c. XIII). Por el contrario, tenemos en Roma (De'Rossi, I, página 216, n. 507) el epitafio de un Ryfinys LECTOR, el cual, á principios del siglo v. desempeñaba estas modestas funciones á la edad de treinta y un años.

He aquí un vaso dorado donde se ve á Nuestro Señor imponiendo las manos á dos niños, llamado el uno Jvstvs, y el otro Elec-TVS (Buonarruoti, tab. XVII, 2). El P. Garrucci, cuyo dibujo reproducimos, lee este último nombre Castvs. El sabio anticuario florentino ve en esta representación un símbolo de la ordenación en el grado de lector que estos jóvenes cristianos habrían recibido; y cree que un padre de familia haría ejecutar esta imagen como un recuerdo de la consagración de sus dos hijos al servicio de los altares.

Los lectores tenían algunas veces cerca de su obispo una posición de completa confianza que prueba que algunos eran de edad madura, y

- 441 -

vida. Así vemos á San Justo, obispo de Lión,



hacerse acompañar en su huida á Egipto por su lector Viator, único confidente de sus proyectos: solo consiliorum participe (Ap. Surium. 2 Sept).

En las grandes iglesias de Oriente, como en las de Antioquía y Constantinopla, había un gran número de lectores, organizados en una especie de corporación, bajo la presidencia de un jefe llamado primicerius lectorum (Concil. Antioch. sub Domno). Pero las funciones de los lectores eran mayores entre los Griegos que en la Iglesia latina. Como los Griegos no tenían acólitos, el lector los reemplazaba entre si, consistiendo su cargo principalmente en encender los cirios y las lámparas en el altar, en preceder al celebrante con un hacha en la mano durante la celebración de los santos

El cargo del lector se consideraba como muy importante, y siendo la mayor parte de ellos dotados con este orden en la primera juventud, tenían escuelas donde se les enseñaba el arte de leer, y donde sobre todo se les iniciaba en el conocimiento de las Divinas Escrituras (Isid. Hisp. De ecles. offic., 11, 11). Parece que la instrucción que se les daba era bastante extensa: puede, por lo menos, deducirse así de un pasaje de San Agustín (De consens. evang. 1. 15). El que dirigía esta escuela se llamaba Primiciario de la escuela de los lectores; el abate Greppo ha ilustrado el epitafio de un Stephanys que desempeñaba estas importantes funciones en la Iglesia de Lión en el siglo vi (Revue du Lyonnais, t. XIII, página 185).

Nos queda un gran número de inscripciones que mencionan este orden de la clericatura (véase Greppo, ibíd., pág. 194). Passioney (Inscr. ant., pag. 112) publica una de ellas, que es de 461. El P. Marchi publica (Arti crist., pág. 26) la inscripción del lector Au-

que permanecían quizás en este orden toda su | gusto, á quien sus funciones retenían en la basílica del Velabro: LECTORIS DE BELABRU, y la de otro lector del título de Fasciola, al cual se ha dado el nombre singularmente pomposo de amigo de los pobres (pág. 27): CINNAMIVS OPAS LECTOR TITVLI FASCIOLE AMICVS PAV-PERVM (véase también pág. 198). Tenemos en el primer volumen de M. De'Rossi (página 42) el titulus de Heraclio, lector de la segunda región, y (pág. 62) el de un lector de Pallaccina, título que es hoy día el de San Marcos. El primero es de 338, y el segundo de 348.

> El mismo sabio publica é ilustra en su Boletín (1867, pág. 51) el epitafio del lector Leo-PARDVS, del título de la basílica Pudenciana, y esta inscripción, que lleva la fecha de 384, es el monumento más antiguo que menciona este

En Africa, los lectores estaban encargados de leer todas las Escrituras, comprendiendo en ellas el Evangelio, según el testimonio de San Cipriano; lo mismo sucedía en las Iglesias de España (Concil. Tolet., 1). El libro es el principal atributo del lector en los monumentos figurados. Esto es lo que puede verse en el bajo relieve de un nynphaum de Pisauro (Paciaudi. De Christ. Baln., tab. III), y todavia mejor en el vaso dorado reproducido más arriba, y en el que se distingue un rollo, rolumen, en las manos de Ivlivs.

LEGIO FULMINATRIX.—Es un episodio de la guerra de Marco Aurelio contra las tribus bárbaras del Danubio, en 174 de nuestra era. En el país de los Quados, cerca del río Gran, tuvo lugar el memorable acontecimiento designado con el título del presente

I. He aquí, en resumen, el relato del historiador Dion, que vivía á mediados del siglo 11 (l. LXXI, 8): En lo más fuerte de los calores del estío, los Romanos se habían dejado envolver por multitud de enemigos en un lugar desventajoso y que carecía de agua. Parecían condenados á morir, ya por las armas, ya por la sed. Los Quados, después de haberlos hostigado mucho tiempo con furiosos ataques, siempre rechazados, habían acabado por dejarlos consumirse bajo los rayos del sol, cuando de repente se llena el cielo de nubes que arrojan sobre los Romanos torrentes de lluvia, «no sin la voluntad de los dioses», dice siempre el historiador. «Este beneficio, añade, dió la vida á los Romanos, viéndoseles entonces levantar la cabeza y recibir el agua en sus bocas; después la recibían en sus cascos y en sus escudos, para apagar la sed con comodidad, v con ellos sus caballos. Los Quados, viéndolos así ocupados, creyeron el momento propicio y se precipitaron para destruirlos; pero el cielo (Ap. Xiphil., LXXI, 9, 10) se arma entonces contra los enemigos de los Romanos, y lanza sobre los

Quados torrentes de granizo con truenos que | enemigo, y arrancaron la lluvia para su ejército, los queman y los dispersan.»—«Así, se veía en un mismo sitio bajar del cielo el agua y el fuego para refrescar y apagar la sed de los unos, y quemar y hacer morir á los otros», hasta que los bárbaros, declarándose vencidos por una fuerza sobrehumana, vinieron, arrojando sus armas, á pedir á sus enemigos auxilio contra las llamas que los devoraban.

Se ve por este curioso relato del historiador Dion, que creía firmemente en una intervención del cielo. Y todos los escritores paganos que refieren el hecho, expresan las mismas convicciones. «La gloria, dice el poeta Claudio, no pertenece à los jefes de ejército, » laus ibi nulla ducum (Panegyr. VI consulat. Honorii. poem. xxIII). Testimonios análogos facilitan Capitolino, contemporaneo de Constantino y de Diocleciano, y Temistio, que también vivía en el siglo IV (véase Tillemont. Hist. emp. t. 11, pág. 369), etc.

Los autores pertenecientes al cristianismo no están menos unánimes en reconocer y en proclamar el caracter milagroso de la victoria de Marco Aurelio. Pero si unos y otros están de acuerdo en este punto, difieren totalmente respecto à la causa à que debe atribuirse el prodigio.

Los paganos lo atribuyen á las divinidades

del Imperio, y en particular á Júpiter Pluvius. Eso es lo que atestigua uno de los bajos relieves de la columna Antonina, cuyo croquis damos aquí, y que presenta á esta divinidad con los brazos extendidos, arrojando la lluvia por un lado y el rayo por el otro. Suponían algunos que este sobrenatural rescate era obra del mágico poder que dominaba á los mismos dioses y obligaba al cielo á abrirse. Dion atribuye (loc. laud.) los conjuros

que produjeron tal resultado, á dos mágicos, el egipcio Arnufis, que pertenecía al séquito del Emperador, y Juliano, de origen caldeo. Por último, otros eran de parecer que este prodigioso huracán había sido conseguido por la virtud y las súplicas del mismo Marco Aurelio: « Sus ruegos (de Marco Aurelio), dice Capitolino (Antonin. Philosoph., xxIV), consiguieron que el rayo cayese sobre las máquinas de guerra del

que moria de sed », fulmen de calo precibus suis contra hostium machinamentum extorsit suis pluvia impetrata quum siti laborarem. Esta era también la opinión de Claudio, que escribía 250 años después del acontecimiento (Panegyr., v, 347 y sig.): «Las virtudes de Marco han podido merecer toda complacencia por parte del dios tonante.»

TUNC CONTENTA POLO MORTALIS NESCIA TELI PUGNA FUIT; CHALDEA MAGO SEU CARMINA RITH ARMAVERE DEOS; SEU, QUOD REOR, OMNE TONANTIS OBSEQUIUM MARCI MORES POTUERE MERERI.

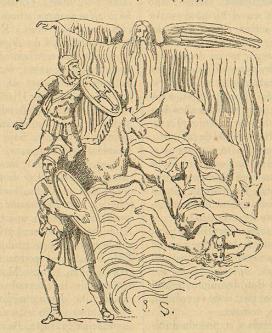
II. Como hemos dicho más arriba, los escritores nuestros que han mencionado el hecho, no admiten á ciegas la intervención divina, pero atribuyen la libertad del ejército de Marco Aurelio á los soldados cristianos que en el se encontraban, y que se pondrían en oración para conseguir el auxilio del verdadero Dios.

El primer autor cuyo testimonio se invoca en esta delicada cuestión, es San Apolinario de Hierápolis, autoridad que no puede ser más respetable, puesto que este obispo era contemporáneo de Marco Aurelio. Por desgracia, Eusebio, que es el primero que menciona este testimonio en su crónica y en su Historia eclesiástica (v, 5), no nos da á conocer el texto; y

todos los que después han citado esta fuente, lo han hecho bajo la fe del obispo de Cesárea. Pero no estamos reducidos á este único autor: tenemos primero á Tertuliano, cuyo texto no puede ser más afirmativo (Apolog. v, y Ad Scapulam. IV): Marcus quoque Aurelius in Germanica expeditione christianorum militum orationibus ad Deum factis, imbre in siti illa impetravit (Ad Scap.); después San Gregorio de Niza (Orat. 11. In

| XL martyr.), San Jerónimo. In Euseb. Chronic. ad an. 174), Orosio, autor de fines del siglo IV (Hist. adv. pagan., VII, 15), y por último, Xiphilin, abreviador de Dion Casio en el siglo XI (LXXI, 9, 10).

III. Pero el homenaje más significativo que se ha tributado al poder de la oración cristiana en esta memorable ocasión, se debió al Emperador mismo, el cual, en una carta escrita á



los magistrados del Imperio y al Senado para 1 Constantino, primer emperador de los cristianos, anunciarles su victoria, proclamó que la debía á las súplicas dirigidas á su Dios por aquellos de sus soldados que profesaban la religión de Cristo. Si este interesante documento se hubiera conservado, se comprende que la cuestión seria resuelta de la manera más incontestable; pero ya había desaparecido en tiempo de Justiniano, es decir, desde el primer cuarto del siglo vi, porque en el reinado de este emperador, ó poco después, es cuando fijan los críticos la fabricación de otra carta destinada á reemplazar á la primera; ésta, reconocida apócrifa por Escaligero, Saumaise, y en último término por Tillemont (Hist. emp., t. 11, página 560), se halla impresa á continuación de la segunda apología de San Justino, y relacionada también por Onufro y Baronio (ad ann. 174). Pero esta sustitución, ¿no parece suponer la preexistencia de una verdadera epistola imperial, cuya pérdida se deploraba, y que se intentó rehacer de memoria, lo cual explicaría las groseras inexactitudes en que han caído los falsificadores del siglo vi?

Como quiera que sea, no se comprende bien cómo podría sustraerse á la afirmación tan formal y tan explícita de Tertuliano, con motivo de este grave documento. He aquí sus palabras (Apologet. v): «Os presentamos, escribe, uno de nuestros protectores en el virtuoso emperador Marco Aurelio, cuyas cartas aseguran que el ejército romano, extenuado de sed en Germania, fué socorrido por medio de una lluvia conseguida por las oraciones de los soldados cristianos,» christianorum forte militum precationibus impetrato imbri. La Apologética fué escrita en 200, es decir, casi veintiseis años después del suceso objeto de este artículo; Tertuliano habla allí de la carta imperial de tal modo, que hace creer que la había visto con sus ojos; y, ¿cómo suponer que él se hubiera atrevido á invocar contra los paganos un documento que no hubiera existido nunca, y esto en una época en que tantos testigos oculares se hubiesen levantado para convencerle de impostor?

Eusebio cita la carta, según Tertuliano; pero, así como Orosio, se límita á decir que, en su tiempo, era creencia general la de que aun existia, exstare etiam nunc apud plerosque dicuntur (Oros., VII, 15); San Jerónimo, por el contrario, al traducir este pasaje de la crónica, lo afirma positivamente, exstans.

La palabra forte, «quizás », expresión dubitativa, que se lee en el texto de Tertuliano citado más arriba, supone que Marco Aurelio no se decidió, sino con cierta vacilación, por el auxilio del Dios de los cristianos; pero se concibe que un emperador idólatra y perseguidor también de los fieles, debía evitar ponerse en manifiesta contradicción consigo mismo y checar de frente contra las opiniones de los Romanos. Y ¿cómo admirarse de esta pusilanimidad, cuando se ve dos siglos más tarde á condenarse á sí mismo, en ciertos puntos, cuando el entusiasmo de su fe tenía tanto que sufrir siendo prudente?

También se pregunta: ¿cómo se comprende que, convencido Marco Aurelio de que debía la victoria al Dios de los cristianos, haya parecido atribuirla á las divinidades del Olimpo, presentando al público, sobre la columna Antonina, á Júpiter Pluvius?

Esto podría explicarse con las mismas razones que nos porporciona la ambigüedad de su lenguaje; pero lo mejor que se puede decir, es que la columna Antonina no fué levantada por Marco Aurelio, sino más bien por su sucesor Commodo.

IV. Queda, sin embargo, una cuestión por resolver, y esta cuestión no carece de importancia: ¿existía en el ejército de Marco Aurelio una legión compuesta enteramente de cristianos, que se llamaba legión Fulminante, Fulminatrix?

Una sola cosa nos parece plenamente demostrada, y es que había en este ejército soldados cristianos, y que la victoria fué atribuída á sus oraciones. Los escritores eclesiásticos no aseguran más. Tertuliano dice simplemente: Christianorum militum precationibus impetrato imbri (loc. laud.). Orosio no se expresa de otro modo: Invocatione nominis Christi per milites christianos (loc. laud.). Eusebio asegura, según la sola autoridad de Apolinario, la existencia de esta legión cristiana. Pero, como lo hemos hecho observar antes, este historiador no nos ha puesto en el caso de apreciar el valor del texto del obispo de Hierápolis.

No es menos difícil admitir que hubo una legión llamada Fulminante. Los monumentos atestiguan que, ya bajo Nerón (Onufro dice también bajo Augusto, y cita unas inscripciones), la legión XII, llamada por algunos Melitina, de una ciudad de la pequeña Armenia donde fué formada, llevaba el nombre característico de Fulminata; pero nada prueba que hubiese también una llamada Fulminatrix. Xiphilino parece ser el primero (en el siglo xi) que le ha dado este título (Xiphil., loc. laud.). Todo lo más que podría alegarse en favor de esta opinión, es que Marco Aurelio no hizo, después de la libertad de su ejército, sino cambiar la denominación de Fulminata en Fulminatrix. Pero esto no dejaría de ser una aseveración gratuita. Bajo M. Antonio la legión XII era conocida con el nombre de Antigua (véase Mozzoni, sec. 11, not. 65). Se supone que más tarde pudo ser llamada Fulminata, á causa de un rayo que los soldados que la componían llevaban, como episema, sobre su escudo ó sobre otra parte de su armadura. Algunos monumentos, descubiertos en distintas épocas, dan cierto crédito á esta suposición. Un sepulcro de Módena (ídem, l. l.) ofrece, entre otras piezas de armadura militar, una coraza

que tiene un rayo en la parte que corresponde al hombro. Es probable que esta coraza pudo ser llamada thorax fulminatus, y por consecuencia, Fulminata la legión que la tenía como insignia distintiva. Se ha descubierto en Pompeya una estatua del tribuno militar M. Olconio Rufo, cuya coraza está también adornada con un rayo sobre cada hombro.

LENGUAS LITURGICAS.—¿En qué lenguas fué celebrada la liturgia en los tiempos apostólicos y en los siglos siguientes? En las lenguas que eran vulgares en esta época en cada uno de los pueblos á los cuales fué anunciado el Evangelio. Así se considera como cierto que los Apóstoles y sus primeros sucesores celebraron en lengua caldea ó siriaca en Jerusalén y en otros varios lugares; en griego en Antioquía, en Alejandría y en otras ciudades de lengua griega; en latín en los países del Occidente donde era vulgar la lengua latina. Un hecho parecería, á primera vista, contradecir esta doctrina : tal es el de que en Roma, durante los tres primeros siglos y probablemente en más tiempo todavía, la liturgia, así como la lectura de las Escrituras, se hacía en lengua griega, por lo menos en las asambleas presididas por el Papa (véase De'Rossi. Roma sott., t. 11, páginas 236-237). Pero la contradicción no es más que aparente: se sabe, en efecto, como lo hemos hecho observar en otra parte (artículo Inscripciones, V) que la primera cristiandad de Roma se compuso en gran parte de Griegos y Orientales, cuya lengua vulgar era el griego. Que lo mismo hava sucedido con las lenguas de otros países, es lo que establece con evidencia este pasaje de Orígenes contra Celso (l. VIII): «Los Griegos se sirven de palabras griegas, los Romanos de palabras romanas, v todos los demás pueblos suplican v alaban á Dios cada uno en su lengua... Y siendo Dios el maestro de todas las lenguas, escucha á los que le piden en tantas diversas lenguas, como si suplicaran en una misma y sola lengua. Porque no es él como los hombres que, sabiendo una lengua bárbara ó griega, ignoran las demás, y no se cuidan de los que hablan una lengua diferente de la suya.» Es evidente que el gran doctor expone aquí la práctica litúrgica tal como existía en su tiempo. I. He aquí una prueba general; de ella se

deducen especiales para cada lengua. 1.º Lengua egipcia ó copta. — San Antonio no sabía el griego, porque no pudo entender sino por medio de un intérprete á los filósofos griegos que fueron á conferenciar con él (Athanas. In ipsius Vit.). Pero San Antonio comprendía la liturgia, estaba muy atento á todo lo que se leía en la iglesia, y conservaba el fruto en su corazón; y se sabe que su vocación fué determinada por esta frase del Evangelio, cuya lectura ovó de la boca del diácono: « Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que

posees y dalo á los pobres, ven y sigueme y tendrás un tesoro en el cielo.» (Matth., xix, 21). La liturgia donde San Antonio recogió esta sentencia fecunda estaba, pues, en lengua egipcia, puesto que, según San Atanasio, su biógrafo, no comprendía otra.

Sabemos, no obstante, por San Jerónimo (Præf. in Paralip.) que la versión griega de los Setenta se propagó mucho en toda la parte del Asia que se extiende desde Constantinopla á Antioquía, así como en toda la Palestina. siendo allí de uso universal. Las copias que circulaban en estas comarcas eran las que habían sido escritas á instancias de Orígenes, y que habían sido repartidas por Eusebio y el mártir San Pánfilo. Pablo el Diácono nos dice también que la liturgia griega de San Basilio se hizo más tarde muy común en estos pueblos (Epist. ad Fulgent.). También está demostrado que la mayor parte de los Orientales, especialmente los de ciertas partes del Egipto, los Capadocios, los Licaonios, los Gálatas, los Sirios, usaban dialectos particulares (Cf. Renaudot, 1, dissert. 1, c. 6). También sabemos que en las iglesias había intérpretes para traducir el Evangelio al pueblo ignorante que no entendía con claridad la lengua litúrgica (véase el artículo Hermeneutie).

2.º Lengua armenia.—San Sabas, habiendo visto cierto número de Armenios que se ponían bajo su disciplina, les cedió una iglesia, « donde leian el Evangelio y hacian toda la liturgia en su lengua». Estos Armenios eran católicos antes de que San Sabas los hubiera recibido en su comunión (véase Bocquillot. Hist. de la liturg., pág. 250). Nadie ignora que la liturgia armenia todavía hoy se halla

3.º Lengua bessa.—San Teodosio, contemporáneo y vecino de San Sabas, tenía tres monasterios, uno de Griegos, otro de Armenios y un tercero de Besses. No se sabe de dónde venían estos últimos, ni cuál era su lengua; Bolland (Ad diem. jan., x, pág. 692) supone, sin bastante fundamento, que esta lengua no era otra que el esclavón. Pero lo cierto es que los religiosos de este nombre hacían el oficio en su propia lengua, así como los Griegos y los Armenios; su separación en tres casas distintas no reconocía otra causa. Y lo que lo prueba es que (Bolland, ibid.) cuando tenían que participar de los sacramentos empezaban por escuchar la lectura de las Divinas Escrituras, cada uno en su iglesia, y no se reunían todos en la de los Griegos sino en el momento en que debían recibir la Santa Eucaristía.

4.º Los Etiopes, convertidos por San Frumencio, que San Atanasio les había dado por obispo, y los Escitas, llevados á la fe en tiempo de San Juan Crisóstomo, debieron también tener su liturgia en lengua vulgar; porque no hay sospecha alguna de que entendiesen el griego, y todavía menos el que, en